

The illustration depicts Arsène Lupin in a dark suit, top hat, and monocle, running across a Parisian rooftop at night. He holds a cane in his right hand and a chain in his left. The Eiffel Tower and city buildings are visible in the background under a full moon. The entire scene is rendered in a monochromatic, sepia-toned style with a textured, aged paper appearance.

Maurice Leblanc

La Fuga De
Arsenio Lupin

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA FUGA DE ARSENIO LUPIN

LA FUGA DE ARSENIO LUPIN

**PUBLICADO: 1906
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

LA FUGA DE ARSENIÓ LUPIN

En el momento en que Arsène Lupin, terminada su comida, sacaba del bolsillo un hermoso cigarro con anilla de oro y lo examinaba con complacencia, la puerta de la celda se abrió. Apenas tuvo tiempo de arrojarlo al cajón y de alejarse de la tabla. El guardián entró; era la hora del paseo.

—Lo esperaba, mi querido amigo —exclamó Lupin, siempre de buen humor.

Salieron. Apenas habían desaparecido al doblar la esquina del pasillo, cuando dos hombres, a su vez, penetraron en la celda y comenzaron un minucioso examen. Uno era el inspector Dieuzy; el otro, el inspector Folenfant.

Se quería zanjar el asunto. No cabía duda: Arsène Lupin mantenía comunicación con el exterior y se comunicaba con sus cómplices. La víspera misma, el Grand Journal publicaba estas líneas dirigidas a su colaborador judicial:

«Señor:

En un artículo aparecido estos días, se ha expresado usted sobre mí en términos que nada podría justificar. Unos días antes de la apertura de mi proceso, iré a pedirle cuentas.

Saludos distinguidos,

ARSENE LUPIN.»

La letra era, en efecto, la de Arsène Lupin. Por lo tanto, enviaba cartas. Por lo tanto, las recibía. Por lo tanto, era seguro que preparaba esa evasión

anunciada por él de forma tan arrogante.

La situación se volvía intolerable. De acuerdo con el juez de instrucción, el jefe de la Sûreté, el señor Dudouis, se dirigió en persona a la Santé para exponer al director de la prisión las medidas que convenía tomar. Y, nada más llegar, envió a dos de sus hombres a la celda del detenido.

Levantaron cada una de las losas, desmontaron la cama, hicieron todo lo que se acostumbra a hacer en tales casos y, finalmente, no descubrieron nada. Iban a renunciar a sus investigaciones, cuando el guardián acudió a toda prisa y les dijo:

—El cajón... miren el cajón de la mesa. Cuando entré, me pareció que lo estaba cerrando.

Miraron, y Dieuzy exclamó:

—¡Por Dios, esta vez lo tenemos, al cliente!

Folenfant lo detuvo.

—Alto ahí, muchacho, el jefe hará el inventario.

—Sin embargo, este cigarro de lujo...

—Deja el habano y avisemos al jefe.

Dos minutos después, el señor Dudouis exploraba el cajón. Encontró primero un fajo de recortes de prensa sobre Arsène Lupin, recopilados por el Argus de la Presse, luego una bolsa de tabaco, una pipa, papel llamado de cebolla y, finalmente, dos libros.

Miró sus títulos. Eran El culto a los héroes de Carlyle, en edición inglesa, y un encantador elzeviriano, con encuadernación de la época, el Manual de Epicteto, en traducción alemana publicada en Leiden en 1634. Tras hojearlos, constató que todas las páginas estaban surcadas de marcas, subrayados y anotaciones. ¿Eran signos convencionales o bien de esas marcas que muestran el fervor que se tiene por un libro?

—Ya veremos esto en detalle —dijo el señor Dudouis.

Exploró la bolsa de tabaco, la pipa. Luego, agarrando el famoso cigarro con anilla de oro:

—¡Caramba, se cuida bien nuestro amigo! —exclamó—. ¡Un Henry Clay!

Con un gesto maquinal de fumador, se lo llevó cerca de la oreja y lo hizo crujir. Y al instante se le escapó una exclamación. El cigarro se había ablandado bajo la presión de sus dedos. Lo examinó con más atención y no tardó en distinguir algo blanco entre las hojas de tabaco. Y delicadamente, con la ayuda de un alfiler, extrajo un rollo de papel muy fino, apenas más grueso que un palillo. Era una nota. La desenrolló y leyó estas palabras, con una menuda letra de mujer:

«La cesta ha ocupado el lugar de la otra. Ocho de diez están preparadas. Al presionar con el pie exterior, la plancha se levanta de arriba abajo. De doce a dieciséis todos los días, H-P esperará. ¿Pero dónde? Respuesta inmediata. Esté tranquilo, su amiga vela por usted.»

El señor Dudouis reflexionó un instante y dijo:

—Está bastante claro... la cesta... los ocho compartimentos... De doce a dieciséis, es decir, de mediodía a cuatro de la tarde...

—Pero ese H-P, ¿quién esperará?

—H-P, en este caso, debe de significar automóvil. H-P, horse power, ¿no es así como en el lenguaje deportivo se designa la potencia de un motor? Un veinticuatro H-P es un automóvil de veinticuatro caballos.

Se levantó y preguntó:

—¿El detenido terminaba de almorzar?

—Sí.

—Y como aún no ha leído este mensaje, como demuestra el estado del cigarro, es probable que acabara de recibirlo.

—¿Cómo?

—En su comida, en medio del pan o de una patata, ¿qué sé yo?

—Imposible, solo se le autorizó a recibir comida de fuera para tenderle una trampa, y no hemos encontrado nada.

—Buscaremos la respuesta de Lupin esta noche. Por el momento, manténgalo fuera de su celda. Voy a llevar esto al señor juez de instrucción. Si

es de mi misma opinión, haremos fotografiar la carta inmediatamente, y dentro de una hora podrán volver a colocar en el cajón, además de estos objetos, un cigarro idéntico que contenga el mensaje original. Es necesario que el detenido no sospeche nada.

No sin cierta curiosidad regresó el señor Dudouis por la noche a la secretaría de la Santé en compañía del inspector Dieuzy. En un rincón, sobre la estufa, había tres platos extendidos.

—¿Ha comido?

—Sí —respondió el director.

—Dieuzy, haga el favor de cortar en trozos muy finos estas hebras de macarrones y abra este bollo de pan... ¿Nada?

—No, jefe.

El señor Dudouis examinó los platos, el tenedor, la cuchara y, finalmente, el cuchillo, un cuchillo reglamentario de hoja redonda. Hizo girar el mango hacia la izquierda, luego hacia la derecha. Hacia la derecha, el mango cedió y se desenroscó. El cuchillo era hueco y servía de estuche a una hoja de papel.

—¡Bah! —dijo—. No es muy astuto para un hombre como Arsène. Pero no perdamos tiempo. Usted, Dieuzy, vaya a investigar a ese restaurante.

Luego leyó:

«Me pongo en sus manos. H-P seguirá de lejos, cada día. Iré a su encuentro. Hasta pronto, querida y admirable amiga.»

—¡En fin! —exclamó el señor Dudouis, frotándose las manos—. Creo que el asunto va por buen camino. Un pequeño empujón por nuestra parte y la evasión tendrá éxito... al menos lo suficiente para permitirnos atrapar a los cómplices.

—¿Y si Arsène Lupin se le escurre entre los dedos? —objetó el director.

—Emplearemos el número de hombres necesario. Si, a pesar de todo, demostrara demasiada habilidad... bueno, ¡peor para él! En cuanto a la banda, ya que el jefe se niega a hablar, los otros hablarán.

Y, de hecho, no hablaba mucho, Arsène Lupin. Desde hacía meses, el señor Jules Bouvier, el juez de instrucción, se esforzaba en vano. Los interrogatorios se reducían a coloquios desprovistos de interés entre el juez y el abogado, el letrado Danval, uno de los príncipes del foro, quien, por otra parte, sabía sobre el inculpado más o menos lo mismo que cualquiera.

De vez en cuando, por cortesía, Arsène Lupin dejaba caer:

—Pues sí, señor juez, estamos de acuerdo: el robo del Crédit Lyonnais, el robo de la rue de Babylone, la emisión de billetes de banco falsos, el asunto de las pólizas de seguros, el desvalijamiento de los castillos de Armesnil, de Gouret, de Imblevain, de los Groseillers, del Malaquis, todo eso es obra de su servidor.

—Entonces, ¿podría explicarme...?

—Inútil, lo confieso todo en bloque, todo e incluso diez veces más de lo que usted supone.

Por puro agotamiento, el juez había suspendido aquellos fastidiosos interrogatorios. Tras conocer las dos notas interceptadas, los reanudó. Y, regularmente, a mediodía, Arsène Lupin era conducido, desde la Santé al Dépôt, en el furgón celular, junto con un cierto número de detenidos. Regresaban hacia las tres o las cuatro.

Pues bien, una tarde, este regreso se efectuó en condiciones particulares. Como los otros detenidos de la Santé aún no habían sido interrogados, se decidió llevar primero de vuelta a Arsène Lupin. Subió, pues, solo al vehículo.

Estos furgones celulares, vulgarmente llamados «cestas de ensalada», están divididos a lo largo por un pasillo central al que se abren diez celdas, cinco a la derecha y cinco a la izquierda. Cada una de estas celdas está dispuesta de tal manera que uno debe permanecer sentado, y que los cinco prisioneros, por consiguiente, están sentados unos sobre otros, aunque separados entre sí por tabiques paralelos. Un guardia municipal, situado en un extremo, vigila el pasillo.

Arsène fue introducido en la tercera celda de la derecha, y el pesado vehículo se puso en marcha. Se dio cuenta de que abandonaban el Quai de l'Horloge y que pasaban por delante del Palacio de Justicia. Entonces, hacia la mitad del puente de Saint-Michel, apoyó el pie exterior, es decir, el pie

derecho, como hacía cada vez, sobre la plancha de chapa que cerraba su celda. Inmediatamente algo se accionó, y la plancha de chapa se apartó insensiblemente. Pudo constatar que se encontraba justo entre las dos ruedas.

Esperó, con el ojo avizor. El furgón subió al paso el bulevar Saint-Michel. En el cruce de Saint-Germain, se detuvo. El caballo de un camión se había caído. Interrumpida la circulación, muy pronto se produjo un atasco de coches de punto y ómnibus.

Arsène Lupin asomó la cabeza. Otro furgón celular estaba estacionado junto al que él ocupaba. Levantó más la chapa, puso el pie en uno de los radios de la gran rueda y saltó al suelo.

Un cochero lo vio, soltó una carcajada y luego quiso llamar. Pero su voz se perdió en el estruendo de los vehículos que reanudaban la marcha. Además, Arsène Lupin ya estaba lejos.

Había dado unos pasos corriendo; pero en la acera de la izquierda, se volvió, lanzó una mirada circular, pareció tomar el viento, como alguien que aún no sabe muy bien qué dirección va a seguir. Luego, resuelto, se metió las manos en los bolsillos y, con el aire despreocupado de un paseante que holgazanea, continuó subiendo el bulevar.

El tiempo era apacible, un tiempo feliz y ligero de otoño. Los cafés estaban llenos. Se sentó en la terraza de uno de ellos.

Pidió una cerveza y un paquete de cigarrillos. Vació su vaso a pequeños sorbos, se fumó tranquilamente un cigarrillo, encendió un segundo. Finalmente, habiéndose levantado, rogó al camarero que hiciera venir al gerente.

El gerente acudió, y Arsène le dijo, lo bastante alto para ser oído por todos:

—Lo lamento mucho, señor, he olvidado mi monedero. Quizá mi nombre le sea lo bastante conocido como para que me conceda un crédito de unos días: Arsène Lupin.

El gerente lo miró, creyendo que era una broma. Pero Arsène repitió:

—Lupin, detenido en la Santé, actualmente en estado de evasión. Me atrevo a creer que este nombre le inspira total confianza.

Y se alejó, en medio de las risas, sin que el otro pensara en reclamarle el pago.

Atravesó la calle Soufflot en diagonal y tomó la calle Saint-Jacques. La siguió apaciblemente, deteniéndose en los escaparates y fumando cigarrillos. En el bulevar de Port-Royal, se orientó, pidió indicaciones y caminó derecho hacia la calle de la Santé. Los altos y lúgubres muros de la prisión se alzaron pronto. Tras bordearlos, llegó junto al guardia municipal que montaba facción y, quitándose el sombrero, dijo:

—¿Es esta la prisión de la Santé?

—Sí.

—Desearía regresar a mi celda. El furgón me ha dejado por el camino y no quisiera abusar...

El guardia gruñó:

—Oiga, amigo, siga su camino, y más rápido.

—Perdón, perdón, es que mi camino pasa por esta puerta. Y si impide usted a Arsène Lupin franquearla, podría costarle caro, amigo mío.

—¡Arsène Lupin! ¿Qué me está contando?

—Lamento no tener mi tarjeta —dijo Arsène, fingiendo buscar en sus bolsillos.

El guardia lo midió de pies a cabeza, estupefacto. Luego, sin una palabra, como a su pesar, tiró de una campanilla. La puerta de hierro se entreabrió.

Minutos después, el director acudió corriendo a la secretaría, gesticulando y fingiendo una cólera violenta. Arsène sonrió:

—Vamos, señor director, no se haga el listo conmigo. ¡Cómo! ¿Tienen la precaución de traerme solo en el furgón, preparan un buen atasco y se imaginan que voy a salir por piernas para reunirme con mis amigos? Y bueno, ¿y los veinte agentes de la Sûreté que nos escoltaban a pie, en coche de punto y en bicicleta? ¡No, la que me habrían liado! No habría salido vivo de esa. Dígame, señor director, ¿quizá era con eso con lo que contaban?

Se encogió de hombros y añadió:

—Le ruego, señor director, que no se preocupen por mí. El día que quiera escaparme, no necesitaré a nadie.

Dos días después, el *Écho de France*, que decididamente se estaba convirtiendo en el monitor oficial de las hazañas de Arsène Lupin —se decía que era uno de sus principales patrocinadores—, publicaba los detalles más completos sobre esta tentativa de evasión. El texto mismo de las notas intercambiadas entre el detenido y su misteriosa amiga, los medios empleados para esta correspondencia, la complicidad de la policía, el paseo por el bulevar Saint-Michel, el incidente del café Soufflot, todo era desvelado. Se sabía que las pesquisas del inspector Dieuzy entre los camareros del restaurante no habían dado ningún resultado. Y se supo además algo asombroso, que mostraba la infinita variedad de recursos de que disponía este hombre: el furgón celular en el que había sido transportado era un vehículo enteramente trucado, que su banda había sustituido por uno de los seis furgones habituales que componen el servicio de prisiones.

La próxima evasión de Arsène Lupin ya no suscitaba duda alguna. Él mismo, además, la anunciaba en términos categóricos, como demostró su respuesta al señor Bouvier, al día siguiente del incidente. Cuando el juez se burló de su fracaso, él lo miró y le dijo fríamente:

—Escuche bien esto, señor, y créame bajo palabra: esta tentativa de evasión formaba parte de mi plan de evasión.

—No lo entiendo —se mofó el juez.

—Es inútil que lo entienda.

Y como el juez, en el curso de ese interrogatorio que apareció íntegramente en las columnas del *Écho de France*, volvía a su instrucción, él exclamó con aire de hastío:

—¡Dios mío, Dios mío, para qué! ¡Todas estas preguntas no tienen ninguna importancia!

—¿Cómo que ninguna importancia?

—Pues no, puesto que no asistiré a mi proceso.

—No asistiré...

—No, es una idea fija, una decisión irrevocable. Nada me hará ceder.

Semejante seguridad, las indiscreciones inexplicables que se cometían cada día, irritaban y desconcertaban a la justicia. Había allí secretos que solo Arsène Lupin conocía, y cuya divulgación, por consiguiente, solo podía provenir de él. Pero, ¿con qué fin los desvelaba? ¿Y cómo?

Cambiaron a Arsène Lupin de celda. Una noche, bajó al piso inferior. Por su parte, el juez cerró la instrucción y remitió el asunto a la sala de acusación.

Se hizo el silencio. Duró dos meses. Arsène los pasó tumbado en su cama, con el rostro casi siempre vuelto hacia la pared. Ese cambio de celda parecía haberlo abatido. Se negó a recibir a su abogado. Apenas intercambiaba unas palabras con sus guardianes.

En la quincena que precedió a su juicio, pareció reanimarse. Se quejó de la falta de aire. Lo hicieron salir al patio, por la mañana, muy temprano, flanqueado por dos hombres.

La curiosidad pública, sin embargo, no se había debilitado. Cada día se había esperado la noticia de su evasión. Casi se deseaba, de tanto que el personaje agradaba a la multitud con su brío, su alegría, su diversidad, su genio de invención y el misterio de su vida. Arsène Lupin debía fugarse. Era inevitable, fatal. Sorprendía incluso que tardara tanto. Todas las mañanas, el Prefecto de policía preguntaba a su secretario:

—Y bien, ¿todavía no se ha marchado?

—No, señor Prefecto.

—Será para mañana, entonces.

Y, la víspera del juicio, un señor se presentó en las oficinas del Grand Journal, preguntó por el colaborador judicial, le arrojó su tarjeta a la cara y se alejó rápidamente. En la tarjeta, estaban inscritas estas palabras: «Arsène Lupin siempre cumple sus promesas».

En estas condiciones se abrió el juicio.

La afluencia fue enorme. No había nadie que no quisiera ver al famoso Arsène Lupin y no saboreara de antemano la forma en que se burlaría del

presidente. Abogados y magistrados, cronistas y gente de mundo, artistas y damas de la alta sociedad, el Tout-Paris se agolpó en los bancos de la sala.

Llovía; fuera, el día era sombrío. Se vio mal a Arsène Lupin cuando los guardias lo introdujeron. Sin embargo, su actitud pesada, la manera en que se dejó caer en su asiento, su inmovilidad indiferente y pasiva, no jugaron en su favor. Varias veces su abogado —uno de los secretarios del letrado Danval, pues este había considerado indigno de él el papel al que se veía reducido— le dirigió la palabra. Él asentía con la cabeza y callaba.

El secretario leyó el acta de acusación, y luego el presidente pronunció:

—Acusado, levántese. Su nombre, apellidos, edad y profesión.

Al no recibir respuesta, repitió:

—¿Su nombre? Le pregunto su nombre.

Una voz pastosa y cansada articuló:

—Baudru, Désiré.

Hubo murmullos. Pero el presidente replicó:

—¿Baudru, Désiré? ¡Ah, bien, un nuevo avatar! Como es aproximadamente el octavo nombre que pretende usar, y sin duda es tan imaginario como los otros, nos atendremos, si le parece bien, al de Arsène Lupin, bajo el cual es usted más ventajosamente conocido.

El presidente consultó sus notas y reanudó:

—Porque, a pesar de todas las pesquisas, ha sido imposible reconstruir su identidad. Presenta usted este caso bastante original en nuestra sociedad moderna de no tener pasado. No sabemos quién es, de dónde viene, dónde transcurrió su infancia; en resumen, nada. Surge usted de repente, hace tres años, no se sabe a ciencia cierta de qué ambiente, para revelarse de pronto como Arsène Lupin, es decir, un extraño compuesto de inteligencia y perversión, de inmoralidad y generosidad. Los datos que tenemos sobre usted antes de esa época son más bien suposiciones. Es probable que el tal Rostat que trabajó, hace ocho años, junto al prestidigitador Dickson no fuera otro que Arsène Lupin. Es probable que el estudiante ruso que frecuentó, hace seis años, el laboratorio del doctor Altier, en el hospital Saint-Louis, y que a menudo sorprendió al maestro por la ingenuidad de sus hipótesis sobre bac-

teriología y la audacia de sus experimentos en las enfermedades de la piel, no fuera otro que Arsène Lupin. Arsène Lupin, igualmente, el profesor de lucha japonesa que se estableció en París mucho antes de que se hablara del jiu-jitsu. Arsène Lupin, creemos, el ciclista que ganó el Gran Premio de la Exposición, cobró sus 10.000 francos y no volvió a aparecer. Arsène Lupin, quizá también, aquel que salvó a tanta gente por el pequeño tragaluz del Bazar de la Caridad... y los desvalijó.

Y, tras una pausa, el presidente concluyó:

— Tal es esta época, que parece no haber sido más que una preparación minuciosa para la lucha que ha emprendido usted contra la sociedad, un aprendizaje metódico en el que llevó al más alto grado su fuerza, su energía y su destreza. ¿Reconoce la exactitud de estos hechos?

Durante este discurso, el acusado se había balanceado de una pierna a otra, con la espalda encorvada y los brazos inertes. Bajo la luz más viva, se notó su extrema delgadez, sus mejillas hundidas, sus pómulos extrañamente salientes, su rostro color tierra, vetado de pequeñas placas rojas y enmarcado por una barba desigual y rala. La prisión lo había envejecido y marchitado considerablemente. Ya no se reconocía la silueta elegante y el rostro joven cuyo retrato simpático los periódicos habían publicado tan a menudo.

Se diría que no había oído la pregunta que se le formulaba. Se la repitieron dos veces. Entonces levantó los ojos, pareció reflexionar y, haciendo un esfuerzo violento, murmuró:

— Baudru, Désiré.

El presidente se echó a reír.

— No acabo de entender el sistema de defensa que ha adoptado, Arsène Lupin. Si se trata de hacerse el imbécil y el irresponsable, es usted muy libre. En cuanto a mí, iré directo al grano sin preocuparme de sus fantasías.

Y entró en el detalle de los robos, estafas y falsificaciones imputados a Lupin. A veces interrogaba al acusado. Este emitía un gruñido o no respondía.

Comenzó el desfile de testigos. Hubo varias deposiciones insignificantes, otras más serias, que todas tenían el carácter común de contradecirse unas a

otras. Una oscuridad turbadora envolvía los debates, pero el inspector principal Ganimard fue introducido, y el interés se reavivó.

Desde el principio, sin embargo, el viejo policía causó una cierta decepción. No parecía intimidado —había visto cosas peores— sino inquieto, incómodo. Varias veces, volvió los ojos hacia el acusado con una turbación visible. Sin embargo, con ambas manos apoyadas en la barra, relató los incidentes en los que se había visto envuelto, su persecución a través de Europa, su llegada a América. Y se le escuchaba con avidez, como se escucharía el relato de las más apasionantes aventuras. Pero, hacia el final, habiendo aludido a sus conversaciones con Arsène Lupin, se detuvo en dos ocasiones, distraído, indeciso.

Estaba claro que otro pensamiento lo obsesionaba. El presidente le dijo:

—Si no se encuentra bien, sería mejor interrumpir su testimonio.

—No, no, solo que...

Calló, miró al acusado larga, profundamente, y luego dijo:

—Solicito permiso para examinar al acusado más de cerca. Hay aquí un misterio que necesito esclarecer.

Se acercó, lo consideró aún más largamente, con toda su atención concentrada, y luego regresó a la barra. Y allí, con un tono un tanto solemne, pronunció:

—Señor presidente, afirmo que el hombre que está aquí, frente a mí, no es Arsène Lupin.

Un gran silencio acogió estas palabras. El presidente, desconcertado al principio, exclamó:

—¡Vamos! ¿Qué dice? ¡Está usted loco!

El inspector afirmó sosegadamente:

—A primera vista, uno puede dejarse engañar por un parecido que, en efecto, existe, lo admito, pero basta un segundo de atención. La nariz, la boca, el pelo, el color de la piel... en fin, qué: no es Arsène Lupin. ¡Y los ojos! ¿Acaso ha tenido él alguna vez esos ojos de alcohólico?

—Veamos, veamos, expliquémonos. ¿Qué pretende, testigo?

— ¡Qué sé yo! Habrá puesto en su lugar a un pobre diablo que iban a condenar en su lugar... A menos que sea un cómplice.

Gritos, risas, exclamaciones surgían de todos lados en la sala, agitada por este inesperado golpe de efecto. El presidente mandó llamar al juez de instrucción, al director de la Santé, a los guardianes, y suspendió la audiencia.

Al reanudarse, el señor Bouvier y el director, puestos en presencia del acusado, declararon que entre Arsène Lupin y este hombre solo había una muy vaga similitud de rasgos.

— Pero entonces — exclamó el presidente —, ¿quién es este hombre? ¿De dónde viene? ¿Cómo se encuentra en manos de la justicia?

Se introdujo a los dos guardianes de la Santé. ¡Asombrosa contradicción: reconocieron al detenido que vigilaban por turnos! El presidente respiró.

Pero uno de los guardianes añadió:

— Sí, sí, creo que es él.

— ¿Cómo que cree?

— Hombre, apenas lo he visto. Me lo entregaron por la noche y, desde hace dos meses, permanece siempre acostado de cara a la pared.

— Pero, ¿y antes de esos dos meses?

— Ah, antes no ocupaba la celda 24.

El director de la prisión precisó este punto:

— Cambiamos al detenido de celda tras su intento de evasión.

— Pero usted, señor director, ¿lo ha visto en estos dos meses?

— No he tenido ocasión de verlo... se estaba quieto.

— ¿Y este hombre no es el detenido que le fue entregado?

— No.

— Entonces, ¿quién es?

— No sabría decir.

— Estamos, pues, en presencia de una sustitución que se habría efectuado hace dos meses. ¿Cómo lo explica?

—Es imposible.

—¿Entonces?

Desesperado, el presidente se volvió hacia el acusado y, con voz amable:

—Veamos, acusado, ¿podría explicarme cómo y desde cuándo está usted en manos de la justicia?

Se diría que este tono benévolo desarmó la desconfianza o estimuló el entendimiento del hombre. Intentó responder. Finalmente, interrogado con habilidad y dulzura, logró reunir algunas frases, de las que se desprendía lo siguiente: dos meses atrás, lo habían llevado al Dépôt. Había pasado allí una noche y una mañana. Poseedor de una suma de setenta y cinco céntimos, había sido puesto en libertad. Pero, mientras atravesaba el patio, dos guardias lo tomaron del brazo y lo condujeron al furgón celular. Desde entonces, vivía en la celda 24, no estaba mal... se comía bien... no se dormía mal... Así que no había protestado...

Todo esto parecía verosímil. En medio de risas y de una gran efervescencia, el presidente aplazó el caso para otra sesión a fin de realizar una investigación suplementaria.

La investigación, de inmediato, estableció este hecho consignado en el registro de la cárcel: ocho semanas antes, un tal Baudru Désiré había pasado la noche en el Dépôt. Liberado al día siguiente, abandonó el Dépôt a las dos de la tarde. Pues bien, ese día, a las dos, interrogado por última vez, Arsène Lupin salía de la instrucción y partía de nuevo en el furgón celular.

¿Habían cometido un error los guardianes? Engañados por el parecido, ¿habían ellos mismos, en un minuto de distracción, sustituido a este hombre por su prisionero? Haría falta que hubieran puesto en ello una complacencia que sus hojas de servicio no permitían suponer.

¿Estaba la sustitución combinada de antemano? Además de que la disposición de los lugares hacía la cosa casi irrealizable, habría sido necesario en ese caso que Baudru fuera un cómplice, y que se hubiera hecho arrestar con el propósito preciso de ocupar el lugar de Arsène Lupin. Pero entonces, ¿por qué milagro un plan semejante, basado únicamente en una serie de ca-

sualidades inverosímiles, encuentros fortuitos y errores fabulosos, había podido tener éxito?

Se hizo pasar a Désiré Baudru por el servicio antropométrico: no había fichas que correspondieran a su descripción. Por lo demás, se encontraron fácilmente sus huellas. En Courbevoie, en Asnières, en Levallois, era conocido. Vivía de limosnas y dormía en una de esas chabolas de traperos que se amontonan cerca de la barrera de Ternes. Sin embargo, desde hacía un año había desaparecido.

¿Había sido contratado por Arsène Lupin? Nada autorizaba a creerlo. Y aunque así hubiera sido, no se habría sabido más sobre la fuga del prisionero. El prodigio seguía siendo el mismo. De las veinte hipótesis que intentaban explicarlo, ninguna era satisfactoria. Solo la evasión no ofrecía dudas, y una evasión incomprensible, impresionante, en la que el público, al igual que la justicia, sentía el esfuerzo de una larga preparación, un conjunto de actos maravillosamente entrelazados, y cuyo desenlace justificaba la orgullosa predicción de Arsène Lupin: «No asistiré a mi proceso».

Al cabo de un mes de minuciosas investigaciones, el enigma se presentaba con el mismo carácter indescifrable. Sin embargo, no se podía retener indefinidamente a ese pobre diablo de Baudru. Su juicio habría sido ridículo: ¿qué cargos había contra él? Su puesta en libertad fue firmada por el juez de instrucción. Pero el jefe de la Sûreté resolvió establecer a su alrededor una vigilancia activa.

La idea provenía de Ganimard. Desde su punto de vista, no había ni complicidad ni azar. Baudru era un instrumento del que Arsène Lupin se había servido con su extraordinaria habilidad. Una vez Baudru libre, a través de él se llegaría hasta Arsène Lupin o, al menos, hasta alguien de su banda.

Se unieron a Ganimard los dos inspectores Folenfant y Dieuzy, y una mañana de enero, en un día brumoso, las puertas de la prisión se abrieron ante Baudru Désiré.

Al principio pareció bastante desconcertado, y caminó como un hombre que no tiene ideas muy precisas sobre el empleo de su tiempo. Siguió la calle de la Santé y la calle Saint-Jacques. Delante de la tienda de un ropavejero, se quitó la chaqueta y el chaleco, vendió el chaleco por unas pocas monedas y, poniéndose de nuevo la chaqueta, se marchó.

Cruzó el Sena. En el Châtelet, un ómnibus lo adelantó. Quiso subir. No había sitio. Como el cobrador le aconsejó que tomara un número, entró en la sala de espera.

En ese momento, Ganimard llamó a sus dos hombres y, sin perder de vista la oficina, les dijo apresuradamente:

—Paren un coche... no, dos, es más prudente. Yo iré con uno de ustedes y lo seguiremos.

Los hombres obedecieron. Baudru, sin embargo, no aparecía. Ganimard se adelantó: no había nadie en la sala.

—Idiota de mí —murmuró—, olvidaba la segunda salida.

La oficina comunica, en efecto, por un pasillo interior, con la de la calle Saint-Martin. Ganimard se lanzó. Llegó justo a tiempo para ver a Baudru en la imperial del ómnibus Batignolles-Jardin des Plantes que doblaba la esquina de la calle de Rivoli. Corrió y alcanzó el vehículo. Pero había perdido a sus dos agentes. Estaba solo para continuar la persecución.

En su furia, estuvo a punto de agarrarlo por el cuello sin más formalidades. ¿No era con premeditación y mediante una astuta treta como este supuesto imbécil lo había separado de sus auxiliares?

Miró a Baudru. Dormitaba en el banco, y su cabeza se balanceaba de derecha a izquierda. Con la boca entreabierta, su rostro tenía una increíble expresión de estupidez. No, aquel no era un adversario capaz de engañar al viejo Ganimard. La casualidad lo había favorecido, eso era todo.

En el cruce de las Galerías Lafayette, el hombre saltó del ómnibus al tranvía de la Muette. Siguió el bulevar Haussmann, la avenida Victor-Hugo. Baudru no descendió hasta la estación de la Muette. Y con paso nonchalante se adentró en el Bois de Boulogne.

Pasaba de una avenida a otra, volvía sobre sus pasos, se alejaba. ¿Qué buscaba? ¿Tenía un objetivo?

Tras una hora de estas idas y venidas, parecía agotado de fatiga. De hecho, al ver un banco, se sentó. El lugar, situado no lejos de Auteuil, a orillas de un pequeño lago escondido entre los árboles, estaba absolutamente desierto. Transcurrió media hora. Impaciente, Ganimard resolvió entablar conversación.

Se acercó, pues, y tomó asiento junto a Baudru. Encendió un cigarrillo, trazó círculos en la arena con la punta de su bastón y dijo:

—No hace calor.

Un silencio. Y de repente, en ese silencio, resonó una carcajada, pero una risa alegre, feliz, la risa de un niño al que le da un ataque de risa y no puede evitar reír. Clara, realmente, Ganimard sintió que los pelos se le erizaban sobre el cuero cabelludo. ¡Esa risa, esa risa infernal que tan bien conocía!...

Con un gesto brusco, agarró al hombre por las solapas de su chaqueta y lo miró profunda, violentamente, mejor aún que como lo había mirado en el tribunal, y en verdad ya no fue al hombre a quien vio. Era el hombre, pero era al mismo tiempo el otro, el verdadero.

Ayudado por una voluntad cómplice, reencontró la vida ardiente de los ojos, completó la máscara demacrada, vislumbró la carne real bajo la epidermis estropeada, la boca real a través del rictus que la deformaba. Y eran los ojos del otro, la boca del otro, era sobre todo su expresión aguda, viva, burlona, ingeniosa, ¡tan clara y tan joven!

—Arsène Lupin, Arsène Lupin —balbuceó.

Y súbitamente, preso de rabia, apretándole la garganta, intentó derribarlo. A pesar de sus cincuenta años, aún gozaba de un vigor poco común, mientras que su adversario parecía en bastante mala condición. Y además, ¡qué golpe maestro si lograba traerlo de vuelta!

La lucha fue corta. Arsène Lupin apenas se defendió y, tan rápidamente como había atacado, Ganimard lo soltó. Su brazo derecho colgaba inerte, entumecido.

—Si en el Quai des Orfèvres les enseñaran jiu-jitsu —declaró Lupin—, sabrían que este golpe se llama ude-hishigi en japonés.

Y añadió fríamente:

—Un segundo más y le rompía el brazo, y no habría tenido más que lo que se merecía. ¡Cómo! Usted, un viejo amigo al que estimo, ante quien desvelo espontáneamente mi incógnito, ¡abusa de mi confianza! Eso está mal... Y bien, ¿qué le pasa?

Ganimard callaba. Esta evasión de la que se sentía responsable — ¿no era él quien, con su sensacional deposición, había inducido a error a la justicia? — le parecía la vergüenza de su carrera. Una lágrima rodó hacia su bigote gris.

— ¡Ay, Dios mío, Ganimard, no se angustie! Si usted no hubiera hablado, me las habría arreglado para que otro hablara. Vamos, ¿podía yo admitir que condenaran a Baudru Désiré?

— Entonces — murmuró Ganimard —, ¿era usted quien estaba allí? ¿Es usted quien está aquí?

— Yo, siempre yo, únicamente yo.

— ¿Es posible?

— Oh, no hace falta ser un brujo. Basta, como dijo aquel buen presidente, con prepararse durante una docena de años para estar listo para todas las eventualidades.

— ¿Pero su rostro? ¿Sus ojos?

— Comprenderá que si trabajé dieciocho meses en Saint-Louis con el doctor Altier, no fue por amor al arte. Pensé que aquel que un día tuviera el honor de llamarse Arsène Lupin, debía sustraerse a las leyes ordinarias de la apariencia y de la identidad. ¿La apariencia? Pero se modifica a voluntad. Tal inyección hipodérmica de parafina le hincha la piel justo en el lugar elegido. El ácido pirogálico lo transforma en un mohicano. El jugo de la celidonia mayor lo adorna con herpes y tumores del más feliz efecto. Tal procedimiento químico actúa sobre el crecimiento de su barba y de su pelo; tal otro, sobre el tono de su voz. Añada a eso dos meses de dieta en la celda n.º 24, ejercicios repetidos mil veces para abrir la boca según ese rictus, para llevar la cabeza según esa inclinación y mi espalda según esa curva. Finalmente, cinco gotas de atropina en los ojos para que parezcan desorbitados y huidizos, y listo.

— No concibo que los guardianes...

— La metamorfosis fue progresiva. No pudieron notar su evolución cotidiana.

— ¿Pero Baudru Désiré?

—Baudru existe. Es un pobre inocente que encontré el año pasado y que, la verdad, no deja de ofrecer cierta analogía de rasgos conmigo. En previsión de un arresto siempre posible, lo puse a buen recaudo y me apliqué a discernir desde el principio los puntos de semejanza que nos separaban, para atenuarlos en mí tanto como fuera posible. Mis amigos le hicieron pasar una noche en el Dépôt, de manera que saliera más o menos a la misma hora que yo, y que la coincidencia fuera fácil de constatar. Porque, nótele, era necesario que se encontrara el rastro de su paso, sin lo cual la justicia se habría preguntado quién era yo. Mientras que, ofreciéndole a este excelente Baudru, era inevitable, ¿me oye?, inevitable que se lanzaran sobre él, y que a pesar de las dificultades insuperables de una sustitución, prefirieran creer en la sustitución antes que confesar su ignorancia.

—Sí, sí, en efecto —murmuró Ganimard.

—Y además —exclamó Arsène Lupin—, tenía en mis manos un as formidable, una carta amañada por mí desde el principio: la expectación en la que todo el mundo estaba de mi evasión. Y ese es el error garrafal en el que cayeron ustedes, y los demás, en esta apasionante partida que la justicia y yo habíamos entablado, y cuya apuesta era mi libertad: supusieron una vez más que actuaba por fanfarronería, que estaba embriagado por mis éxitos como un pipiolo. ¡Yo, Arsène Lupin, semejante debilidad! Y, al igual que en el asunto Cahorn, no se dijeron: «Desde el momento en que Arsène Lupin grita a los cuatro vientos que se evadirá, es que tiene razones que lo obligan a gritarlo». Pero, ¡pardiez, comprendan que para evadirme... sin evadirme, era necesario que se creyera de antemano en esa evasión, que fuera un artículo de fe, una convicción absoluta, una verdad resplandeciente como el sol! Y así fue, por mi voluntad. Arsène Lupin se evadiría, Arsène Lupin no asistiría a su proceso. Y cuando usted se levantó para decir: «este hombre no es Arsène Lupin», habría sido sobrenatural que todo el mundo no creyera inmediatamente que yo no era Arsène Lupin. Que una sola persona dudara, que una sola emitiera esta simple restricción: «¿Y si fuera Arsène Lupin?», en ese mismo instante, estaba perdido. Bastaba con inclinarse hacia mí, no con la idea de que yo no era Arsène Lupin, como hicieron usted y los otros, sino con la idea de que podía ser Arsène Lupin, y a pesar de todas mis precauciones, me habrían reconocido. Pero yo estaba tranquilo. Lógica y psicológicamente, nadie podía tener esa simple y pequeña idea.

Agarró de repente la mano de Ganimard.

—Vamos, Ganimard, admita que ocho días después de nuestro encuentro en la prisión de la Santé, ¿me esperó usted a las cuatro en su casa, como le había rogado?

—¿Y su furgón celular? —dijo Ganimard, evitando responder.

—¡Pura fanfarronada! Fueron mis amigos quienes apañaron y sustituyeron ese viejo vehículo fuera de uso y quienes querían intentar el golpe. Pero yo sabía que era impracticable sin un cúmulo de circunstancias excepcionales. Solo que me pareció útil rematar esa tentativa de evasión y darle la mayor publicidad. Una primera evasión audazmente combinada daba a la segunda el valor de una evasión realizada de antemano.

—De modo que el cigarro...

—Ahuecado por mí, así como el cuchillo.

—¿Y las notas?

—Escritas por mí.

—¿Y la misteriosa corresponsal?

—Ella y yo somos uno. Domino todas las caligrafías a voluntad.

Ganimard reflexionó un instante y objetó:

—¿Cómo es posible que en el servicio de antropometría, cuando tomaron la ficha de Baudru, no se dieran cuenta de que coincidía con la de Arsène Lupin?

—La ficha de Arsène Lupin no existe.

—¡Vamos!

—O al menos es falsa. Es una cuestión que he estudiado mucho. El sistema Bertillon comprende primero la reseña visual —y ya ve que no es infalible— y luego la reseña por medidas: medida de la cabeza, de los dedos, de las orejas, etc. Contra eso no hay nada que hacer.

—¿Entonces?

—Entonces hubo que pagar. Incluso antes de mi regreso de América, uno de los empleados del servicio aceptó una suma por inscribir una medida falsa al principio de mi medición. Eso es suficiente para que todo el sistema se desvíe y que una ficha se oriente hacia una casilla diametralmente opuesta a

la que debía llegar. La ficha de Baudru, por tanto, no debía coincidir con la ficha de Arsène Lupin.

Hubo otro silencio, luego Ganimard preguntó:

—Y ahora, ¿qué va a hacer?

—Ahora —exclamó Lupin—, voy a descansar, a seguir un régimen de sobrealimentación y, poco a poco, a volver a ser yo mismo. Está muy bien ser Baudru u otro, cambiar de personalidad como de camisa y elegir la apariencia, la voz, la mirada, la escritura. Pero llega un momento en que uno ya no se reconoce en todo eso y es muy triste. Actualmente siento lo que debía de sentir el hombre que perdió su sombra. Voy a buscarme... y a encontrarme.

Se paseó de un lado a otro. Un poco de oscuridad se mezclaba con la luz del día. Se detuvo ante Ganimard.

—No nos queda nada más que decirnos, ¿creo?

—Sí —respondió el inspector—, me gustaría saber si revelará usted la verdad sobre su evasión... El error que cometí...

—¡Oh! Nadie sabrá jamás que fue a Arsène Lupin a quien liberaron. Tengo demasiado interés en acumular a mi alrededor las tinieblas más misteriosas como para no dejar a esta evasión su carácter casi milagroso. Así que, no tema nada, mi buen amigo, y adiós. Ceno fuera esta noche, y apenas tengo tiempo para vestirme.

—¡Le creía tan deseoso de descansar!

—Ay, hay obligaciones mundanas a las que uno no puede sustraerse. El descanso comenzará mañana.

—¿Y dónde cena usted?

—En la embajada de Inglaterra.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB